

el jénero sentimental: su Elejía sobre el incendio del templo de la Compañía de Jesus de Santiago, reviste todos los caractéres que pueden enaltecer lo perfecto en su jénero.

Don Andrés Bello no es solo un maestro en derecho, historia i poesía, sino tambien en Oratoria. Su palabra verdaderamente majistral ha sido oída siempre con respeto i entusiasmo, i sus consejos sobre Oratoria són en los parlamentos americanos como los preceptos de Quintiliano en las cátedras de literatura.

Este hombre eminente es conocido en Buenos Aires, no solo por sus obras sino por su familia: la sangre de Bello corre por las venas de la señora doña Ana Bello de Cárdenas i sus dignísimos hermanos. Esta conmemoracion de justicia, que como periodistas dedicamos al eminente americano en tan solemne fecha, se confunde con el sentimiento de orgullo de reputarnos amigos de tan ilustre familia.

¡Cien años! Ojalá esta fecha (d) llevase siempre bendiciones a todos los labios, respeto a todos los espíritus cuando se recuerda la fecha de los hombres que han alcanzado el privilejio de ser recordados al través del abismo de cien años.

¡Cien años! nada para la historia, pero un siglo es mucho para la frájl e ingrata memoria de los hombres de una o dos jeneraciones.

¡Bendito sea en el cómputo de los dias el 30 de noviembre en que nació don Andrés Bello!

HISTORIA AMERICANA.—*La Rábida; Colon i Juan Pérez de Marchena.*

El antiguo convento de Santa María de la Rábida, situado en la cima de un desnudo monte i distante tres millas del histórico puerto de Pálos, en la provincia de Huelva, es, sin ningun jénero de duda, uno de los mas gloriosos monumentos de España, no ya por su valor arqueológico o artístico, sino por las grandes ideas que simboliza i por los altos hechos que recuerda.

Su morisco nombre, que se refiere al lugar fronterizo que ocupaba en los tiempos de la dominacion sarracena, despierta i despertará siempre profundas resonancias en el corazon de todos

(d) El centenario se llenará el 29 de Noviembre de 1881, martes, vijilia de San Andrés.

aquellos que en algo tengan la honra i fama de nuestra madre patria española.

Casa de franciscanos, fundada en vida del santo de Asís, habia llegado a alcanzar prosperidad bastante desde el punto en que los árabes, ya no vecinos, tuvieron que suspender sus frecuentes razzias i algaradas; i gozaba de gran crédito en toda la comarca, al entrar en su segundo tercio el siglo XV, época en la cual comenzó a rejirle el antiguo confesor de la Reina Católica, frai Juan Pérez de Marchena.

En los escalones de la gran cruz,alzada al frente del almenado porton del monasterio, aparecieron sentados en cierta hermosa mañana de la primavera de 1486, un anciano i un niño, de harto desastroso aspecto, aunque agradables por su ademan i figura.

El viejo era el bien formado i de noble continente. Tenia el rostro largo i enjuto, marcados con las rosas de la fiebre los salientes pómulos, aguileña la nariz, canos los cabellos i humedecido los tristes ojos por esa vaga luz que tanto puede anunciar los ardores ocultos del jenio, como la amarga proximidad de las lágrimas. El niño era blanco, delicado i rubio, i dejaba ver en el compunjado rostro una copia, suavizada por la juventud, de la venerable faz de su compañero.

Los dos incógnitos viajeros, estenuados, cubiertos de polvo i de sudor, rendidos del caminar a pié i sufriendo los rigores del sol que iba subiendo al mediodía, dejaron su rústico asiento, e indecisos, pero movidos de la necesidad, acercáronse paso ante paso al portalon vecino, sobre el cual se leia, como en todos los conventos franciscanos, la célebre i piadosa leyenda:

Id, pobres, a San Francisco,
sin recelo a pedir pan,
¡qué en cinco puertas lo dan!»

La vista de esta caritativa invitacion pareció devolver la tranquilidad al ánimo del mas viejo, que resueltamente puso la mano sobre las claveteadas maderas, i a la pregunta del lego que habia abierto el postigo, contestó pidiendo algunas gotas de agua i un pedazo de pan para el pobre niño desfallecido i sediento.

Franqueáronsele inmediatamente las puertas i ámbos a dos se encontraron bien pronto, como náufragos en puerto, a la sombra del claustro i rodeados de rostros amigos. El noble aspecto i la digna pobreza de entreámbos habian enternecido profundamente a los monjes, que ni por un momento vacilaron en ofrecerles el hospedaje i el alimento de que tan necesitados venian.

Con la mayor afabilidad acercóse a saludarles el guardian frai Juan Pérez de Marchena, que, una vez enterado de su condicion i nombres, les condujo a la propia celda. Era el fraile persona en quien concurrían una voluntad siempre dispuesta al bien i una erudicion vastísima, gran conocedor de las vanaglorias del mundo i de las pasiones del alma, con lo cual desde luego se prendó de sus huéspedes, i ya conocidos los proyectos del de mas edad, asocióse a ellos, todo lleno de abnegacion i confianza.

No necesitamos indicar quiénes fuesen los anónimos viajeros.

Nuestros lectores saben ya por las primeras líneas, que se trata de Cristóbal Colon, el cual, en compañía de Diego, su hijo, iba, segun parece deducirse de algunas crónicas, en busca de un cuñado suyo residente en Huelva.

No hai para qué continuar la historia.

Queremos detenernos, no obstante, para deshacer un error i reparar una injusticia que entre una gran parte de los españoles tiene mantenedores i partidarios. Por dramáticos que sean los sucesos, a juicio del vulgo sabio, ocurridos en Salamanca; por mucho que favorezcan al gran descubridor de las Américas los supuestos desdenes i repulsas del Consejo de exámen reunido para estudiar su teoría, por orden de los reyes católicos i bajo la presidencia de frai Hernando de Talavera, es lo cierto que el oscuro marino fué oido i tratado en aquella reunion (de eclesiásticos i seglares) con los mayores miramientos, i que allí encontró, no solo personas capaces de entenderle, sino que tambien decididos protectores, entre ellos frai Diego de Deza, a cuya ayuda se debió en gran parte, andando los tiempos, el buen éxito de la aventurada tentativa.

Pudo haber dudas, recelos e incredulidades de parte de algunos examinadores; pero harto lo disculpaba la magnitud de un proyecto, que con iguales o mayores obstáculos hubiera tropezado en otro siglo. ¿Quién no recuerda las desventuras i sarcasmos de que fué víctima el primer mecánico que quiso aplicar la fuerza del vapor a la locomocion marítima i terrestre?

Pero como quiera que esas consideraciones nos desviarían del principal objeto, aquí hacemos punto para volver los ojos al ex-convento Santa María de la Rábida, i para describirle, no tal i como se hallaba hácia fines del siglo XV, sino tal cual se halla ahora.

Viniendo del mar, i dejando atrás el puerto de Pálos (doblemente ilustrado por la partida de Cristóbal Colon en 1492 i por el desembarque de Hernan Cortés, de vuelta de la conquista de

Méjico, en 1528), tócase en una escarpada orilla, desde la cual sube en ágría cuesta un camino orlado de derruidos muros i medio ocultos entre espinosos setos de nogal i de aloés. Lo primero que se advierte al llegar a la esplanada de la cumbre, es la histórica cruz de piedra. Despues se ve el monasterio, cuyas torrecillas i puntiagudos tejados ofrecen mas venerable que clásico aspecto. El edificio pertenece en conjunto al órden toscano (que así lo han querido las muchas i sucesivas reparaciones); la iglesia, ojival semiflorido.

Entrase en el convento por una puerta o bóveda que dá a un patio rodeado de toscos arcos, correspondientes a una galería baja toda llena de solitarias celdas. Encima de éstas, desarróllase otra de iguales dimensiones, desde cuyas ventanas se descubren la sierra de Arocha i las diáfanas aguas de la bahía, cuyo silencio e inmovilidad es contrariado solamente por los gritos agudos de las gaviotas que anidan en las islas bajas del Rio Tinto.

Aquí está, ocupando un ángulo entero, el gran salon cuadrado, que en otro tiempo fué celda del guardian Marchena, i que oyó las teorías i esplicaciones del descubridor del Nuevo Mundo. Real i verdaderamente mayor respeto infunde i mas trazas tiene de iglesia que la iglesia misma.

Este salon,—al cual de poco hubiera servido el decreto que en 1845 otorgó a la Rábida el carácter de monumento nacional para convertirla luego en cuartel, a no ser por la piadosa intervencion del Duque de Montpensier,—conserva en la actualidad su antiguo aspecto, exepcion hecha de las restauraciones exijidas por los años. Adórnalo un retrato de Cristóbal Colon, i cuatro grandes lienzos que representan: «al almirante, llamando en 1486 a las puertas de la Rábida; Colon esplicando sus proyectos al guardian; la publicacion en Pálos de la carta real, ordenando el apresto de dos carabelas en el término de diez dias; i el embarque en 3 de agosto de 1492.»

Sobre una gran mesa, puesta en el centro de la sala, hallánse el ristro en que inscriben su nombre los viajeros, i varios álbuns harto llenos de buenas i malas poesías.

Si no mejores, mas espresivas que todas ellas son o eran los cinco versos escritos al lápiz en la pared de una celda vecina, i firmados por *Un cautivo*:

«De aquí un mundo nació; ¡santa memoria!
 ¡I es posible que ocupe pobre espacio
 Del augusto Colon la exelsa gloria?
 En templo de zafir, de oro i topacio
 Guardará otra nacion tan alta historial»

El poeta anónimo se ha engañado, a Dios gracias, en sus amargas lamentaciones i censuras. En estos momentos, Pálos, Huelva, i España toda, hacen pública i solemne manifestacion de desagravio, i pagan, hasta donde les es dado, la deuda contraida para con el insigne revelador del Nuevo Mundo.

Por lo que respecta a panteones, ninguno tan digno de tales memorias como el humilde convento de Santa-María de la Rábida. En sus dilatadas crujías debe vagar, sin duda, el jeneroso espíritu de Colon en plácida i reposada compañía con el no ménos jeneroso de frai Juan Pérez de Marchena.

BIBLIOGRAFÍA.—Los libros i sus autores.

I.

«Siempre ha sido vária la fortuna de los libros: hoi son estimados, mañana despreciados. ¡Cuántas obras celebradas en los diarios del tiempo se sepultaron mui pronto en la noche de un eterno olvido! ¡I cuántas saldrán de la oscuridad, cuando hayan desaparecido aquéllos contrarios que las habian desacreditado.»

II.

«El curso de una obra depende del gusto i capacidad de los lectores.» El mérito de una obra no siempre le decide su despacho. Es preciso tambien que se acomode al jénio de cierto público fácil, que se engaña muchas veces en el juicio que forma de las producciones literarias.

III.

No encontramos regularmente en un libro tanto ingenio como creemos tener nosotros mismos; la razon es, porque como los talentos medianos componen el mayor número, si se desea que un libro agrade a la multitud, es preciso acomodarle segun su inteligencia.